

no existiría el dibujo, ni el modelado mucho menos, si no ayudaran a los ojos las facultades táctiles... Cuando Cardoza y Aragón escribe que la armonía plástica indoespañola es sirena y centauro, hace también una ecuación feliz. Pero para las masas la Galería es eminentemente democrática y educativa, "los ojos de los dedos" son ojos de pescado, la sirena puede ser automovilista y el Centauro Charro del Bajío...

Para el ignaro, si debemos educarlo, precisa tener solicitud y no desdén.

Ténganla los poetas críticos y desciendan hasta el público, como el buen gigante que se inclina y aúpa al niño para que alcance a la ventana y admire el panorama... ¡El panorama del mundo!

De *Excélsior*.—México, D. F.

Actualidad de Hugo

Por RAYMOND ESCHOLIER

SU gloria no está a punto de eclipsarse. M. Leon Daudet le ha consagrado estos días una de sus mejores novelas, en el tono de *l'Astre Noir*, y la "Edición Nacional" ha publicado el *William Shakespeare*, que sin duda no es la obra maestra de Hugo, pero que sí contiene curiosas páginas autobiográficas. Por otra parte, se nos comunica desde América que se está filmando allá una gran película sobre Víctor Hugo.

Tal vez es este el momento de reducir a la nada algunas contra-verdades; de demoler, como diría Leon Daudet, algunas suposiciones. Entre éstas, no conozco yo ninguna mayor que la que se dice sobre la aventura de Adela Hugo y de Sainte-Beuve. Desde hace ya cerca de un siglo, esta historia, poco brillante por cierto para el lamentable poeta del *Livre d'Amour*, se ha temblado por todas partes. No obstante los cuadernillos de Sainte-Beuve, no obstante el proceso verbal de Henry Havard, no obstante los conceptos de aquel triste *sire* que fue Édouard Lockroi, todo lo que sobre el particular sabemos es que no sabemos nada. "Las cosas no son tan sencillas, me decía un día mi maestro y amigo Paul Bourget. La llave de este idilio singular, podría encontrarse en *Volupté*".

Pero, ¿quién piensa ahora en releer *Volupté*? Y sin embargo, Bourget, gran psicólogo, tenía razón de sobra. Solamente allí se encuentra la verdad. Treinta años después de su "conquista", llegado a la edad del cinismo, Sainte-Beuve alegaba, en una carta a Hortense Allard de Méritens, que su misticismo de 1830 no fue más que una máscara, una de esas turbias metamorfosis que permiten a los dioses acercarse a las hijas de los hombres: "Yo hice en mis tiempos un poco de mitología cristiana: ya se ha evaporado. Era para mí, como para Leda el cisne, un medio de

acercarme a las mujeres bellas y de negar, al mismo tiempo, el más tierno amor. La juventud tiene su hora y se vale, entonces, de todo". Mas no creáis a este anciano, atormentado por la antigua *libido*. En 1832, Joseph Delorme es sincero. Ama por primera y última vez con todas las fuerzas de su alma. Adela Hugo, tan buena, tan tranquila, le inspiró un sentimiento apasionado, sí, pero de una extrema pureza; los deseos que le atormentan, Mme. Hugo los ignora, pues ella no ve en Sainte-Beuve sino al amigo de su alma, el amante místico con quien hablar de su madre desaparecida, de su hogar amenazado, de sus decepciones, de sus temores, de sus celos... Pues muy pronto...

Sainte-Beuve consigue permanecer digno de aquel sentimiento tan puro con menos esfuerzo de lo que podría creerse. Hizo Sainte-Beuve—nos lo confiesa él mismo—dos partes de su vida. Y su placer no es de Mme. Hugo de quien lo espera.

Desde entonces, Mme. Víctor Hugo, de corazón tan dulce, de temperamento tan tranquilo, de espíritu tan piadoso, no ve ya en Sainte-Beuve sino al amigo más apasionado, pero más reservado también, debatiéndose en una injusta proscripción, la del esposo que dolorosamente había profundizado toda la gravedad del peligro.

¿Por qué no conceder a este platónico amante esas entrevistas en las iglesias, esos paseos románticos al cementerio, esas visitas a los pobres?

¡Ah!, si ella hubiese podido saber de dónde venía Sainte-Beuve, de dónde venía Amaury, cuando los dos se ponían a rezar en la sombra apacible de un mismo santuario!...

Por lo demás, bien pronto Mme. Hugo debía conocer esta sutil confesión de un alma que paladeaba con orgullo la secreta perversidad de su desdoblamiento.

"A partir de este día funesto, y una vez franqueada la impura corriente, un elemento formidable se introdujo en mi ser: mi juventud por largo tiempo contenida, se desbordó; mis sentidos rompiendo sus cadenas se prodigaron. Una doble vida se organizó en mí entonces: de una parte, una vida interior, sumergida, soterrada; de otra, una vida más radiante del cerebro y del corazón"...

¿Qué monstruosa complejidad; pero, también, cuánta sinceridad en esta agua-fuerte en que la luz está modelada como con sombras!

"Así, pues, este corazón que había palpitado tan rudamente en el mal, este corazón humano contradictorio y voluble del que hay que decir, como el poeta ha dicho del pecho del centauro, que las dos naturalezas se hallan unidas en él, este deplorable corazón se sacudía su vergüenza en un instante; tomaba su otro papel, y sustituía en un momento la convulsión grosera por una inspiración platónica".

Pues... "Sólo ella permanecía para mí como un ser incomparable, el fin radioso e inaccesible,

el bien ideal y excelente. Mi vida se unía de un modo tanto más necesario a la suya por ciertos aspectos de ternura y de adoración, cuanto que yo sentía, por otra parte, que la ola tempestuosa me separaba más de ella. Y abordaba yo con mayor audacia su intimidad, seguro del preservativo que la arruinaría después. A la menor molestia, a la menor emoción demasiado viva, por cansancio o por ardor, marchábase, alejábame y, haciendo uso de aquel momentáneo estado de ánimo, me sentía ya más tranquilo e insensible a sus pies”.

Su inocencia de entonces, Sainte-Beuve le ha proclamado:

Je n'ai jamais Eiré de l'amour dont tu m'aimes ni vanité ni volupté.

La otra Adela, su pequeña ahijada, permanece entre los dos antiguos amigos como un lazo de unión. En julio de 1832, Hugo la envía a visitar a su padrino, lo que impulsa a Sainte-Beuve a volver sobre sí mismo.

*Toi seule, Enfant sacré, me rattaches a Lui:
Par toi je l'aime encore, et toute ombre de haine
S'efface au souvenir que ta présence amène.
Mon amitié peu franche eut bien droit aux rigeurs
Et je plains l'offense, noble entre les grands coeurs.*

¿Será preciso observar que Sainte-Beuve nos presenta aquí un macizo argumento contra quienes creen ver en él al padre de la pequeña Adela?

Pero, diréis, ¿cómo es que algunas semanas más tarde la situación no era ya la misma? Sainte-Beuve había vencido. Hasta qué punto, es cosa que no tiene real importancia. Lo que sí es seguro es que Sainte-Beuve y Adela se veían a escondidas... ¡y esto es lo único que sí tiene importancia!... Como ha dicho muy bien Emile Faguet, con su buen humor constante: “Yo me admiro de que se discuta tanto. Si se trata de la constatación de un hecho, ¡por Dios!, este hecho es casi imperceptible en la historia del Universo. Y se trata, en efecto, de la moralidad de Mme. Hugo; pero no hay para qué discutir sobre esto: Mme. Hugo fue culpable. Nada importa que lo haya sido completa o incompletamente. (Louis Barthou, que tuvo a la vista una copia de los documentos del proceso, aseguraba que la falta había sido incompleta). Pero desde el momento en que Mme. Hugo desempeñó un doble papel, rogando por una parte a su marido que no recibiese a Sainte-Beuve y, por otra, dándole cita a Sainte-Beuve secretamente, desde el momento en que Mme. Hugo tuvo durante cinco o seis años trato asiduo y a espaldas de su esposo con Sainte-Beuve, poco importa—y en mi opinión nada nos importa—saber hasta dónde llevó ella su confianza y su abandono”.

Tal es, en efecto, el lenguaje de la razón. Retengamos, sin embargo, esta pura y simple ver-

dad: durante largos años y hasta la explosión del *Livre d'amour*, Víctor Hugo ignorará cuán grande fue aquella traición, y su mujer seguirá siendo el objeto de su veneración. En lo más ardiente de sus amores con Juliette Drouet, Víctor Hugo dirigirá a la mujer de su juventud el admirable *Date lilia* y bendecirá:

*Celle qui, lors que au mal, pensif, je m'abandonne,
seule pent mi punir et seule me pardonne.*

En febrero de 1845 Sainte-Beuve es recibido en la Academia. Y Víctor Hugo lo acoge entre los inmortales con este discurso henchido de generosidad: “Como novelista, habéis sabido sondear los aspectos ignotos de toda posible vida, y, en vuestros análisis, pacientes y nuevos, se siente siempre esa secreta fuerza que se esconde en la gracia de vuestro talento”...

Tal es el epílogo imprevisto de *Volupté*: M. de Couaen pronunciando, bajo la cúpula, el elogio académico de Amaury.

Dos meses más tarde, el escándalo. Sainte-Beuve acababa de imprimir su *Livre d'amour*. En lo sucesivo, Víctor Hugo irá palpando poco a poco toda la dolorosísima verdad.

Pero he hablado antes de algo oculto. Lo hay, en efecto, y es de lo más gracioso. Para la mayoría de las gentes, Víctor Hugo no entendía nada de música. En su *William Shakespeare*, Víctor Hugo atribuye la función genial en Alemania a Beethoven.

Esto no sorprenderá seguramente a quienes hayan leído las curiosas confidencias, recogidas por Paul Stapfer, durante su estancia en Guernesey. Víctor Hugo, que había comprado un piano a Juliette Drouet (la casa de la plaza Royale posee aún el recibo), Víctor Hugo que había colaborado con Berlioz, adoraba la buena música. A decir verdad—lo sabemos por Stapfer—, detestaba a Meyerbeer y a todo su séquito; odiaba los arrullos a que tan afecto fue en su época, y no podía tolerar que M. Gounod lo hubiese hecho tartamudear... Pero Palestrina y Weber, Gluck y Mozart y Schubert y sobre todo Beethoven, le entusiasmaban grandemente.

Sensible a la pura dicción del Renacimiento, Víctor Hugo, una vez más, habrá sido un precursor; así cuando escribió estos versos admirables, los más bellos que haya inspirado la música a un poeta francés: “*Que la musique date du seizième siècle*”. Y quien quiera conocer a este respecto la verdad, no tiene más que leer el notable *Essai sur la philosophie de Victor Hugo*, por Jacques Heugel, así como las páginas que este autor consagra a *Hugo y la música*. De modo bien elocuente se encontrará entonces que el lugar acordado a la música por el autor de las *Contemplaciones*, no es, por más que tal se haya dicho, un lugar nada inferior.

De *Les Nouvelles Littéraires*.—París.